

—¡Que no hay pastura para los burros! dijo una voz aguardientosa en el patio.

María soltó una carcajada y agregó:

—¡Se la habrá acabado la reina! vaya V., señor director, vaya V., á ver eso, que importa; á menos que prefiera V. hacerle una visita á su adorada misteriosa, en lugar de ir á ver que coman esos infelices animales, que bien lo merecen, pues hace ocho días vienen cargando veinte teatros.

Romero salió del cuarto y Pico lo siguió.

—Cada uno en su lugar, gritó María riéndose; vayan ustedes á ver los burros ja, ja, ja!

—Has estado terrible, le dijo doña Pachita.

—Hace V. bien de no dejarse, agregó Pepa.

—¡Vaya! dijo Pancho Pintado, si de que uno se deja, ó como dice el dicho, al que se vuelve miel las moscas se lo comen; y yo también tengo mi genio, y de que se me sube lo Pintado, Ave María Purísima!

El bailarín torció la cintura y abrió los brazos para decir todo esto, y sostuvo esta postura por mucho tiempo, como esperando la *entrada* de la orquesta.



CAPÍTULO X.

SIGUE LA COMPAÑÍA RECORRIENDO EL
CAMINO DE LA GLORIA.

PICO y Romero se ocuparon preferentemente de la cena de los años, á pesar de que el asunto que se ventilaba en la compañía era de la más vital importancia.

Pero cuando al fin encontraron algo verde, se entregaron de lleno al estudio de la cuestión de elenco.

—Chico, decía Pico, María es tu muleta y sin ella no puedes hacer nada.

—¿No?

—¿Qué vas á hacer sin dama?

—Pero no es eso lo principal, damas hay por todas partes; lo que siento es á la mujer... ¡á esta mujer que es mi vida, porque la amo con volcánica pasión...! ¡Ah! mi María, mi María del Carmen, mi diosa..... porque es mi diosa, amigo Pico.

—Pues eso es grave, dijo seriamente Pico.

—¡Y cómo si lo es!

—He aquí pues, el resultado de tus aventuras; esa señorita puede ser todo lo más estimable que quieras, pero por ella nos hemos metido en este conflicto, por ella se desorganiza la compañía, por ella recibo la más amarga de las decepciones, por ella me abandona mi María.

—¿Pero tú lo crees así? ¿Será capaz de llevar á cabo una resolución semejante.

—Mucho me lo temo.

—Puede ser que consigieras ablandarla.

—Tú no la conoces.

—Sin embargo, será bueno hacer una prueba, y en todo caso déjame solo; yo me

separaré con Isolina; ello es cierto que no cuento ni con lo más indispensable para subvenir á los gastos de la expedición, pero Dios es grande y ya me abrirá un camino; pero tú, amigo mío, no debes sacrificarte: eres libre para hacer las paces con María; procura reconciliarla contigo y dile que yo quitaré de enmedio el obstáculo que se opone á tu felicidad. Isolina no pertenecerá á la compañía.

—¡Gracias, generoso Pico! intentaré en efecto hacer las paces, pero ¿qué vá á ser de tí?.....

—¡Déjame!

Romero tomó entre sus manos la cabeza de Pico, lo contempló cariñosamente y exclamó:

—Hombre generoso, amigo leal, ¡bendito seas!.....

Romero desapareció y Pico se quedó estático. A poco rato se dirigió al cuarto de Isolina.

—Vengo á comunicar á usted malas noticias. La primera dama de la compañía, en

unión de la característica, del galán y de la pareja Pintado, han levantado el estandarte de la rebelión y tal vez en estos momentos no hay compañía. En último análisis, usted y yo somos solos en el mundo.

Isolina hizo un movimiento.

—Pero no hay que abatirse por esto: en todo caso, no pasa de un contratiempo que procuraré conjurar con todas mis fuerzas, y tendré suficiente abnegación para lanzarme en brazos del destino, sin abandonarla á usted jamás.

—Usted siempre es bueno y generoso.

—Porque usted es digna de toda mi estimación y de mi respeto.

—¡Gracias, señor Pico, gracias!

—Usted no conoce á la gente de teatro, ni quiera Dios que jamás llegue á conocerla porque se escandalizaría. Confieso á usted que soy impresionable, tengo ese defecto, y hace tiempo..... permíname usted esta confianza, había dado en serme agradable la primera dama; pero esta noche ha descubierto la oreja y he podido conocer pal-

mariamente al lobo disfrazado con la piel de cordero; es una mujer atroz, y basta con que se haya permitido tratar á usted de la manera que lo ha hecho, para que yo, impresionado y todo como estaba, sienta acerca de esa mujer un encono difícil de explicar; y esto es porque estoy haciendo comparaciones. ¡Usted á su lado! ¡Ah! usted es la poesía y ella la prosa; usted es la virtud y ella el vicio.

Pico sostuvo aún una larga plática con Isolina, hasta ponerla al tanto de los acontecimientos, y se afirmó más y más en la resolución de no abandonarla á trueque de perder su plaza de apuntador en la compañía.

Solo después, en el resto de la noche, y entregado á sus hondas reflexiones, esperó la venida del día y con éste las últimas noticias con respecto á las determinaciones del director.

Este, en un sentido y dramático parlamento, comunicó á Pico que la compañía había vuelto al orden, bajo la expresada condición de no contar con Isolina.

Pico hizo solemnemente dimisión de sus derechos de apuntador, decidido como lo estaba á no abandonar á Isolina, y según él mismo decía, se había quedado en el aire.

—Héme aquí, pensó, el más infortunado de los galanes, teniendo la fortuna, es cierto, de amparar á una mujer hermosa; pero á mí quién me ampara? ¿qué puedo darla recien redimido de mi condición de bruja y amenazado de volver á caer en ese garlito? Pero Dios dirá.

Arregló Pico su cabalgadura recargando la maleta lo más que pudo con los demás objetos de su propiedad, y aún le sobró un bulto que colocar en sus propias espaldas; recibió en liquidación las albarcas y las medias azules del guarda-ropa, dió un abrazo á Romero y salió del mesón al lado del caballo en que iba Isolina.

Alí iba contento al lado de sus amos.

Apenas en el oriente aparecía esa luz blanquecina que es el primer destello del astro del día. Iba á amanecer.

En las monótonas comarcas que rodean

á San Luís Potosí, se espacia la vista en horizontes lejanos, sobre la no interrumpida superficie que forma la vegetación uniforme de aquellos lugares.

Los mezquites y los nopales, las palmas y las biznagas sobre una alfombra de raquí-ticas gramíneas y sangre de drago, verde-guean en las extendidas planicies de un gran valle.

Azulea á lo lejos la sierra, y cuando el viajero va á llegar á San Luís sobre esa sierra se dibujan dos comillas, al pié de las cuales la imaginación adivina la ciudad.

Las comillas son las altas y elegantes torres del santuario, *Domus Dei et porta celi* antes de la reforma, y hoy..... la ancha y solitaria nave con sus macizas y perfectas bóvedas, con sus altas pilastras y su cúpula, no es más que almacenes de artillería.

Por cada santo, un obús de montaña; por cada angel, una pila de balas, y en vez de graves sacerdotes del culto católico, los artilleros entran y salen, mientras las palomas blancas y azules, habitan los altos del

cimborio y hacen repetir á aquellas bóvedas desoladas, el arrullo de sus amores que no interrumpen la idea de la pólvora, ni los pasos de los artilleros.

Isolina caminaba lentamente sobre el flaco caballo de Pico; éste iba á su izquierda seguido de su perro.

Los caminantes iban callados; Pico pensaba, Isolina rezaba y el perro no husmeaba, ni se separaba un punto de la huella de su amo.

El día parecía acercarse también en silencio. No se oía, como en los lugares fértiles, ni el rumor de una corriente, ni el gorgojo de las aves. A lo lejos atravesaban el azul espacio, á grande altura, tres cuervos emprendiendo una de esas expediciones aéreas en línea recta; expediciones que hacen las grandes aves al salir y al ponerse el sol.

Cuando el ángel de la esperanza no va alumbrando nuestros pasos, aún la luz del sol es triste.

Isolina y Pico iban adelante, quedándose atrás con la memoria y esperando á su an-

gel: no eran los viajeros que desean llegar, sino dos seres que al ponerse en brazos de la suerte, se habían puesto en camino y caminaban.

Al fin el sol extendió por los campos esas gasas color de rosa de que hace preceder su luz, y después doró las palmas y los mezquites.

Isolina parecía estar recibiendo el beso de la aurora, porque una de sus pálidas mejillas recibía oblicuamente un reflejo rosado.

Pico se había extasiado con aquel *efecto de luz*, como diría un pintor; y en la mejilla de Isolina estaba encontrando en aquellos momentos, como una suficiente compensación á sus angustias: iba olvidando ya sus negocios particulares y su plaza de apuntador, pero todo en silencio.

En cuanto á don Gervasio Miguel Romero del Campo, solo diremos que dobló la rodilla ante las exigencias de la primera dama, que, como él había dicho muy bien, era su vida.

María del Carmen encontró muy razonable la solución de las dificultades, que consistía en abandonar á Pico, y previas algunas nuevas condiciones le volvió su gracia al galán central.

Apagáronse los humos de Pancho Pintado, se sometieron la característica y el segundo galán, y la compañía volvió á emprender la marcha en paz.

En paz llegaron á San Luís, se alojaron, y al día siguiente el caballero don Gervasio Miguel Romero del Campo, se vistió de negro pero se puso una corbata roja con rayas blancas, una leontina de á seis onzas de oro, un anillo con una grande esmeralda y se dirigió á la casa del gobernador.

—Soy un artista nacional, entró diciéndolo: Gervasio Miguel Romero del Campo, á la disposición de usted, señor Gobernador; traigo mi compañía dramática con objeto de dar algunas representaciones; esta población es de las más importantes de la república, es una plaza mercantil, hay españoles muy bien puestos y capitales muy

saneados, y éstas son las fuentes en las que el arte dramático encuentra el galardón de sus afanes y desvelos: todos los pueblos me han admirado y he recogido donde quiera lauros á mis talentos artísticos.

—Y usted desea.... dijo el Gobernador.

—Deseo, señor Gobernador, que usted, siendo como es la primera autoridad, la persona más caracterizada en la población se sirva por medio de su respetable influencia, ponerme en contacto con los ciudadanos munícipes para el logro de mis miras, miras puramente artísticas y de esplendor y de decencia; y esto por supuesto sin humillación por mi parte y con mi carácter de ingenuo artista nacional, sin doblegarme á pasioncillas y á intereses bastardos; no, señor; todo por la vía legal y con la decencia que acostumbro.

El gobernador mandó llamar al presidente del ayuntamiento que estaba en la sala inmediata.

—Gervasio Miguel Romero del Campo, artista nacional, dijo Romero presentándolo-